

NUNCA SABRÁS A QUÉ HUELE BAGDAD

COL·LECCIÓ
GABRIEL FERRATER

58

Marta Tafalla

NUNCA SABRÁS
A QUÉ HUELE BAGDAD

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Publicacions
Bellaterra, 2010

DADES CATALOGRÀFIQUES RECOMANADES PEL SERVEI DE BIBLIOTEQUES
DE LA UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Tafalla, Marta

Nunca sabrás a qué huele Bagdad / Marta Tafalla. — Bellaterra : Universitat Autònoma de Barcelona. Servei de Publicacions, 2010. — (Gabriel Ferrater ; 58)

ISBN 978-84-490-2611-9

I. Col·lecció
821.134.2-31"20"

Fotografia de la coberta:
Judith Vilar

Edició:
Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Publicacions
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain
Tel. 93 581 10 22
Fax 93 581 32 39
sp@uab.cat
<http://publicacions.uab.cat>

Impressió:
Mozart Art, SL
Bolívia, 195 · 08018 Barcelona

ISBN 978-84-490-2611-9
Dipòsit legal: B.1.483-2010
Imprès a Espanya. Printed in Spain

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	25
Capítulo 3	89
Capítulo 4	169
Capítulo 5	231
Agradecimientos	265

*A mis sobrinos:
Roger, Adrià, Clara, Martina, Guillem y Joana.*

Capítulo 1

Esta historia comenzó con mi nariz. Aparentemente es una nariz normal, pequeña y bien proporcionada, que ocupa su lugar con discreción en el centro de mi rostro, como quien cumple con modestia un anodino deber, y en la que nunca se detienen las miradas ajenas. Cuando se asomó por primera vez a este mundo, ni mi familia ni los médicos supieron distinguir en ella nada extraordinario, y no mereció palabras de admiración, sorpresa ni temor, mientras todos se deshacían en elogios hacia el verde de mi mirada, lo sonrosado de mi piel o los indiscutibles parecidos familiares. Y sin embargo, mi nariz estaba destinada a convertirse en el centro de mi vida, en la perspectiva desde la que miro y comprendo el mundo, y en el inicio de cada uno de mis viajes.

La mañana fría del invierno de 1972 en que nací, entré en el mundo y el mundo se precipitó en mí a través de cada uno de mis sentidos. Mis ojos se llenaron del blanco y verde del quirófano como colores de bienvenida, y al instante recibieron la mirada emocionada de mi madre y la ojeada nerviosa de papá. Mis oídos escucharon las primeras palabras en sus voces, a través del estruendo de mi propio llanto. Mi piel se asustó un poco de la fuerza con que me agarraban las manos gruesas de la comadrona, pero pronto se calmó sobre el cuerpo cálido y sudoroso de mi madre, y agradeció las primeras caricias. Mi lengua saboreó mis lágrimas sala-

das. Pero mi nariz, mi nariz, por mucho que inspiró e inspiró, una y otra vez, no percibió nada. El aire que alimentaba mis pulmones recorría mi cuerpo sin contarle nada sobre el mundo del que procedía. Mi desdichada nariz siguió intentándolo, por puro instinto, como la nariz de cualquier criatura humana, de cualquier cachorro de mamífero, hasta que al final, agotada del esfuerzo, decepcionada y dolorida, acabó por rendirse. Tendida sobre el cuerpo de mi madre, no fui capaz de olerla y aprender a reconocer su olor, como hacen todos los bebés.

Aquella tarde, desde la cama de una habitación de hospital, mi madre y yo presidimos un desfile de regalos. Pero mi nariz no fue capaz de agradecer la fragancia de los tres ramos de flores, ni la tentación de la caja de bombones, ni las colonias y geles y cremas para bebé. Y cuando mi hermana irrumpió corriendo y saltó sobre la cama, trayendo un oso de peluche para mí y cantando *feliz cumpleaños número cero*, mi nariz permaneció impassible, aunque Irene a sus nueve años ya se engalanaba con lazos de terciopelo rojo, pulseras que tintineaban como lluvia cayendo sobre sus muñecas y perfumes que la anunciaban a lo lejos con el fragor de una orquesta de viento.

Tres días después, mi padre nos llevó a casa. Mi primer viaje por este mundo fue el corto trayecto entre la clínica de Barcelona donde había nacido, justo detrás de la Sagrada Familia, y nuestro piso en un barrio de las afueras de Badalona. Ni el coche, en el que papá llevaba su habitual ambientador de pino, ni el tráfico en la autopista, ni la gasolinera donde repostamos, consiguieron penetrar en mi nariz. Y tampoco cuando llegué por primera vez a nuestro hogar supe distinguir en él ningún aroma.

Por supuesto, nadie se percató de lo que estaba sucediendo, y yo menos que nadie, pues todo tenía lugar muy por debajo del umbral de mi conciencia. Crecí ignorando que me ocurriera nada anormal, y cuando por fin comencé a sospechar que yo era diferente de los demás, necesité años para descubrir cuál era exacta-

mente esa diferencia. Viví mi infancia sin darme cuenta de que me estaba perdiendo, por lo menos, una quinta parte de lo que a los seres humanos nos es dado experimentar en este mundo. Jamás supe lo bien que olía la cocina de mamá cuando preparaba sopa de pescado o bizcocho de mandarina, ni agradecí el gel de lavanda con que me bañaba, o la colonia de bergamota con que decía iluminarme un poco en las mañanas más grises del invierno. Nunca percibí el olor a eucalipto y mentol del vicsvaporub con que mi madre me cubría el pecho en las largas noches de fiebre y tos, ni el olor de sudor y medicamentos en los días de cenar en la cama con una bandeja tambaleante sobre mis rodillas y cuentos prohibidos bajo las mantas. Ni una sola vez me cosquilleó en la nariz la tentación de una ristra de chorizos colgados sobre la lavadora, que llegaban de un pueblo de Lugo una vez al año, aunque el caniche del vecino peregrinaba desde el piso de arriba para venir a contemplarlos, y si conseguía colarse en casa por un descuido nuestro, podía quedarse un buen rato ululando ante ellos como un alma en pena. Tampoco pude oler las rosas que el día de Sant Jordi papá iba a buscar expresamente al invernadero de un amigo del Maresme, y eso que siempre me tocaban dos, la mía y la de Irene, porque mi hermana, año tras año, rechazaba la suya con gesto ofendido y un solemne discurso, diciendo que ella esperaba un libro, y año tras año recibía a cambio la bronca y el castigo correspondientes. Ni siquiera conocí nunca el aroma preferido de mis padres, el de los pinares que se extienden a la orilla del Mediterráneo, en la Costa Brava, donde pasamos tantos domingos comiendo tortilla de patatas y bebiendo sangría en algún rincón con buena vista sobre una playa, desde cuyas rocas Irene y yo jugábamos a tirar piñas al agua mientras nuestros padres dormían la siesta semanal.

Mi padre estaba muy orgulloso de su nariz, y recuerdo que le encantaba jugar con Irene a afinar la de ella. Muchas tardes, cuando regresaba del trabajo, le daba a oler su piel y su ropa, y le pre-

guntaba cuántos incendios diferentes extinguidos a lo largo de aquel día era capaz de contar. Porque un incendio en los pinos, le explicaba, huele por supuesto de forma muy distinta que el incendio de un almacén textil o de una fábrica de pinturas. Pero Irene no se dejaba engañar, y adivinaba que el olor a humo que mi padre se traía a casa no procedía de ningún incendio apagado heroicamente, sino de los puros que él y sus amigos se habían estado fumando en el bar de siempre. Los olores más frecuentes que mi padre traía consigo al final del día eran el de sudor compartido del gimnasio, el de footing salado de playa y el de los perros que entrenaban para ayudarles en los rescates. Pero algunas veces también regresaba del trabajo con el olor a polvo de un edificio desplomado, a la basura con que una anciana se había encerrado en su casa, a la orina de un gato rescatado de un árbol y no precisamente agradecido, o a la orina de algún activista encaramado a una grúa y todavía más desagradecido. Irene siempre lo adivinaba. Y yo los contemplaba maravillada como si aquel juego fuera pura magia o como si funcionara según reglas que habían olvidado revelarme. Pues yo no veía en papá restos de humo ni de gatos ni de puros, y no podía entender dónde los había escondido. Desde luego no estaban en sus bolsillos, ni dentro de sus botas, ni bajo su casco de bombero, donde yo los buscaba en vano cuando ellos se cansaban de jugar.

Nunca recorrí nuestra calle siendo tentada una y otra vez por las cuatro panaderías que, a pocos metros unas de otras, competían con sus dulces y chocolates para distraer a los críos de su camino al colegio, y llamaban a las madres con el aroma de baguettes recién hechas, crujientes panes de payés cocidos en horno de leña y doradas cocas de piñones. Y ni sospechaba la fuerza del perfume que emergía por la puerta siempre abierta de la herboristería, donde ofrecían remedio para cualquier dolencia tres ancianas trillizas, las tres de largos cabellos canosos y delantales blancos sobre sus faldones; a los niños del barrio nos encantaba hacerles trasta-

das para ver si las tres ancianas idénticas nos gritaban al unísono. Más de una vez nos persiguieron las tres un buen trecho calle abajo, y muchas veces más en mis pesadillas infantiles.

Mi nariz no percibió nada cuando regresamos a la clínica para el nacimiento de mi hermana Meritxell. Y cuando papá murió tan sólo un par de meses después, tampoco noté ningún olor ni familiar ni extraño, ni en casa, ni en el largo viaje a Galicia para enterrarlo en el pueblo, ni en la granja de mis abuelos rodeada de castaños. Del funeral, que se celebró una mañana de abril en un pequeño cementerio rural, del que no pude oler nada y en el que nadie quería hablar mucho, sólo recuerdo colores. Recuerdo el luto en la ropa de familiares y amigos, de mucha gente que no conocía, y de los vestidos que mamá nos había teñido de negro a mis hermanas y a mí. Se hacía raro ver a Irene de negro, y más al bebé que era Meritxell. Y recuerdo que en medio del sermón del cura, de repente, estalló una tormenta que también ennegreció el cielo, y entonces todos los presentes comenzaron a sacar precipitadamente sus paraguas y a compartirlos entre movimientos nerviosos y susurros y, uno tras otro, sobre los lutos se abrieron verdes, lilas, rojos, azules y amarillos, y una viejita protegió con su paraguas rosa al sacerdote, como las coronas de flores cubrían el negro del ataúd.

De vuelta a casa, mamá lloró durante toda una hora delante de la lavadora llena con las sábanas de la cama compartida, y luego decidió no lavar la ropa sucia que él había dejado en el cesto. Cogió sus camisas y pantalones sucios, su uniforme, la bufanda, el pijama que había llevado la última noche antes de marcharse temprano a trabajar, los dobló cuidadosamente y los guardó en un cajón del armario. Durante días y días, lo primero que hacía cada mañana al levantarse era abrir aquel cajón, y era lo último que hacía cada noche antes de meterse sola en la cama y tratar de dormir. Estaba desesperada por no perder su olor, que era lo último de él que se había quedado en casa una vez su imagen y su voz o

el ruido de sus pasos ya se habían ido. Irene protestaba suavemente, hablaba de higiene mental, de no crear altares de ropa vieja, de dejar entrar el aire. Mamá callaba y se aferraba a sus camisas. Y yo miraba sin llegar a comprender.

Todas estas cosas han pasado ante mi nariz sin que pudiera percibir las. Mi memoria está vacía de olores, construida sólo de imágenes, palabras, sonidos, roces, sentimientos. No hay perfumes que puedan evocarme recuerdos de mi infancia. No conozco el olor de las personas a las que quiero. Y por supuesto, jamás me he oído a mí misma. Si el aroma de cada cuerpo es el nombre que la naturaleza le otorga para hacerlo único e inconfundible, para que todos lo conozcan y distingan por él, entonces todos me reconocen por algo que yo no sé lo que es. Debe ser algo semejante a desconocer el sonido de mi propia voz.

Durante la mayor parte de mi infancia, no comprendí lo que sucedía. Para quien nunca ha tenido sentido del olfato, lo más difícil es darse cuenta de que le falta. La única pista clara eran algunas palabras cuyo significado escapaba a mi entendimiento: perfume, fragancia, aroma, peste, hedor... eran palabras que yo no podía colocar sobre ningún objeto conocido, que no nombraban nada que existiera en mi experiencia del mundo. Pero, al mismo tiempo, esas palabras siempre iban ligadas a cosas que yo sí percibía, pues se usaban para hablar del café, de las sardinas que mi padre freía a veces para desayunar, de los rosales que mamá se empeñaba en cultivar en el balcón o de un pinar que descendía plácidamente hasta la arena. Y yo sí podía beberme el pequeño chorrito de café que me estaba permitido los domingos, con mis tres terrones de azúcar moreno que revolvió en la taza haciendo todo el ruido posible, y sí podía entretenerme rebañando las espinas de las sardinas, como podía pincharme inevitablemente otra vez con las rosas de mamá, o trepar por los pinos y regresar a casa con los pantalones rotos. ¿Cómo iba a saber que me estaba perdiendo algo? Después de todo, había más palabras que designaban

cosas que yo no podía ver, pues los adultos hablaban también del alma de una persona o del espíritu de un libro, así que durante algún tiempo creí que *perfume* y *alma* eran palabras semejantes, que nombraban algo que se escapaba a los sentidos del cuerpo, o quizá sólo anhelaban algo mejor de lo que podemos percibir, o tal vez no eran más que metáforas como las que estudiábamos en clase de literatura en la escuela.

Así las cosas, creo que tuve una socialización un tanto peculiar. Entre mis compañeros de colegio tenía una fama especial porque era la reina indiscutible de las guerras de bombas fétidas que se celebraban en el recreo, de las que salía victoriosa sin saber que no había hecho nada para merecerlo. Pero a menudo los demás no entendían mis gustos peculiares. Yo era la única que ni admiraba ni envidiaba a la princesita que existe en todos los cursos, y que en el mío se llamaba Marimar. Por encima del uniforme azul y gris con que las monjas esperaban que todas nos consideráramos iguales, nuestra princesita buscaba formas de imponer su superioridad sobre el resto, y solía hacerlo con unas gotas del perfume francés más caro de sus hermanas mayores, a juego con los colgantes y pulseras que les tomaba prestados. Que todo aquello le viniera grande no importaba, pues parecía anunciar que crecería antes que los demás. Mis compañeras y compañeros suspiraban por esas gotas de perfume, o suspiraban aún más cuando ella se presentaba el lunes a clase con las botas sucias de la hípica, desparramando alrededor de sí misma olor a caballo. Cada vez que llegaba con sus botas exhalando perfume, al resto de la clase le bastaba respirar para soñar con mansiones y fiestas en lujosos jardines, y entonces todos querían hacerse amigos de la princesita y le ofrecían sus deberes, le dejaban copiar sus ejercicios y le chivaban en los exámenes. Creo que aquella muchacha se sacó sus estudios básicamente gracias a las botas sucias y el perfume de sus hermanas. Yo era la única sobre la que no surtía el menor efecto, pues mi nariz impasible no se dejaba conquistar, y yo no veía por ninguna parte

el supuesto encanto de aquella muchachita. Y al mismo tiempo, tampoco comprendía el desprecio general que mis compañeros de aula sentían por Margarita Barranco, una chiquilla esmirriada, pero cariñosa y divertida, que acababa de llegar del pueblo con su familia y de la que todos decían que apeataba, que olía a los conejos y la cabra que sus padres criaban en un ático. Incluso las monjas la reñían por oler mal. Yo me empeñaba en que jugara con nosotros a la hora del recreo, y me quedaba sola defendiéndola. Todavía me recuerdo preguntando a mis amigas dónde estaba el problema. Y preguntando, si ambas niñas olían a animales, por qué había tanta diferencia entre oler a caballo y oler a cabra.

Para mí ninguna persona apeataba, como ninguna encandilaba con el perfume más caro. Nunca he juzgado a nadie por su olor, y me temo que nunca voy a poder hacerlo. El día que ayudé al anciano del segundo a subir las bolsas de la compra, e Irene me pilló despidiéndome de él con un beso en la mejilla, y me prohibió que jamás volviera a acercarme a alguien que apesta a orina y alcohol, yo aún creía que la palabra *peste* no era más que una metáfora. Luego Irene me pedía que me fiara de mi nariz, como todo el mundo, y que ni me aproximara a la gente que huele mal. Y yo asentía sin comprender qué era lo que tenía que hacer con mi nariz exactamente.

Cuando al fin comencé a sospechar que los olores existían *de verdad*, que eran algo físico que a mí se me escapaba, me sentí tan desorientada que tropezaba con las cosas y no entendía las palabras, que no sabía a dónde agarrarme con seguridad. Necesité semanas para atreverme a decir tímidamente, en voz baja, que yo no tenía olfato, pero entonces fueron los demás quienes tardaron demasiado en comprenderme. Para cuando mi familia y yo asumimos el problema, ya había cumplido los once años.

Dado que jamás he olido, no tengo el menor conocimiento de en qué consiste la experiencia de oler, y en qué se parece o se diferencia de los demás sentidos. Ignoro de qué forma los olores se dis-

tinguen unos de otros, o cómo permiten reconocer las cosas antes de verlas. Qué tipos de placeres provocan o hasta qué punto llegan a irritar la nariz.

Sólo puedo imaginármelo. Y desde aquel invierno de mis once años, siempre me represento los olores de la misma manera. Imagino que las cosas no se acaban en la forma que las define ni en el espacio que ocupan. De todas ellas, ya sean minerales, plantas, animales, personas, objetos, lugares, de todas ellas emergen finas cintas de colores que ondean suavemente en el aire, de millones de tonalidades e intensidades diferentes. Son como adornos navideños, o como guirnaldas en las verbenas, o como los lazos en el cabello de Irene. Se desprenden de todo cuanto existe como humo de colores, cintas que bailotean en el aire. Y transportan las cosas mucho más allá de sí mismas.

Esas cintas, extremadamente largas y finas, ondean en el aire, se extienden hasta muy lejos, y se cuelan en todas las narices que encuentran. Cada nariz es una ventana que permanece siempre abierta, esté su propietario despierto o dormido, atento a oler o distraído. Las cintas penetran por su nariz sin pedir permiso ni avisar, y llegan hasta lo más profundo del cerebro, hasta esa zona primigenia que compartimos con todos los animales. Allí rozan las cuerdas de la sensibilidad, y al hacerlas vibrar desencadenan emociones, simpatías, temores, odios y placeres. Desde allí guían los deseos y las decisiones. Desde allí alertan del peligro, la podredumbre o el fuego. Permiten reconocer a las personas, y orientan en la elección de amigos y amantes. Despiertan el hambre, la atracción sexual, el deseo de dormir o de soñar, regalan paz, provocan ira, náuseas o terror. Pero no se trata de una experiencia momentánea y pasajera. Porque una vez los olores han entrado en lo más hondo del ser humano, se anudan allí dentro como lazos y se atan a la memoria. Y así, basta con oler tan sólo una vez alguna cosa, para quedar por siempre atado a ella a través de su recuerdo. Y es suficiente volverla a oler, para odiarla o amarla de nuevo. Los

lazos de los olores atan a las personas a todo cuanto han olido. Atan a las personas a lugares, plantas, animales, alimentos, perfumes. Atan a las personas entre ellas.

Nada llega tan hondo ni permanece tanto. Cuando mi padre murió, fue su olor lo último en desaparecer, mucho después que su imagen o los sonidos de su cuerpo. Y aún hoy, a mi madre le basta con oler los pinares que ambos amaban sobre las playas del Mediterráneo, o los puros de la marca que él fumaba, o las sardinas a la hora del desayuno, para que se le humedezca la mirada y el rostro entero, de un modo que nunca le sucede repasando los álbumes de fotos, o escuchando su voz en la cinta de casete en que Irene y yo lo grabamos mientras nos leía nuestros cuentos favoritos.

Por eso, porque sus ataduras permanecen toda una vida, creo que los olores son una fuerza de la naturaleza destinada a mantener el mundo cohesionado, cada una de sus partes unidas y ordenadas, cada uno de sus cambios hilados con los hilos de la memoria. Como una fuerza de gravedad. Porque los olores atan a este mundo, a la vida, a la tierra. Atan a los alimentos, las camas, los cuerpos ajenos. Te atan a la realidad. Al trabajo, a los afectos, a los deberes y los placeres, los miedos y los escondites. A las estaciones del año. A los árboles que has plantado, las casas que has habitado, los caminos recorridos, los libros amados, la vieja guitarra, los pasteles de la abuela, la niñez. Al hogar. A los tuyos. Son lo más profundo de nuestra biología, lo que nos arraiga en la vida más animal, más arcaica. Esos lazos que emanan de todas las cosas para atar a las personas son las raíces invisibles de la vida misma. La clave de las fidelidades humanas.

Esas ataduras se producen muy por debajo del umbral de la conciencia. En su mayoría pasan desapercibidas para quienes son atados por ellas, y aun cuando uno pueda intuir los lazos que se han anudado a sus deseos, nunca podrá desatarlos. No pueden elegirse ni rechazarse. Por eso atan con una fuerza que las decisiones

voluntarias y racionales sólo pueden envidiar. La libertad que siempre esperamos de nuestra razón, se revela demasiado superficial para resistirse a las ataduras que se celebran en las profundidades de uno mismo a donde sólo llega el olor.

Y sin embargo, cuanto más consciente soy de la fuerza de los olores, mayor es el estupor que siento ante mi nariz. Quienes no podemos oler somos indiferentes a los lazos que mantienen el mundo unido, somos inalcanzables para ellos. Por mucho que se esfuercen, que nos persigan, que se acerquen a nosotros desde todas direcciones, que intenten seducirnos, tentarnos o asustarnos ondeando alrededor de nuestro cuerpo, han perdido de antemano. Ya pueden invitarnos a todos los bailes, que nunca podremos siquiera escuchar la invitación. Nuestra nariz es una ventana cerrada que nada puede abrir. Los lazos de los olores nunca podrán anudarse a nosotros, nada nos ata a la tierra. Creo que somos como globos que se les escapan a los niños, y nadie puede atrapar.

Es por eso que somos más soñadores y más despistados, más aéreos. Cuando yo era niña, me cansaba de oír a mi madre gritándome que bajara de una vez de la luna. Yo siempre respondía que en la luna se está muy a gusto, que prefiero ver la tierra desde las alturas. Otras veces me gritaba que bajara de una vez de la higuera. Eso me resultaba más extraño, porque yo me apellido Higuera, así que no entendía muy bien de dónde me tenía que bajar. En cualquier caso, yo prefería revolotear. Soy fantasiosa, habitante de mundos supralunares. Siempre sueño despierta. Porque ningún olor puede atraparme y tirar de mí y hacerme descender al mundo real.

Estamos un poco más lejos de todas las cosas y somos un poco más impasibles, distantes y serenos. Nos han regalado sin pedirla una extraña ataraxia. No hemos de esforzarnos en vano por autocontrolar un sentido demasiado animal.

Por supuesto que mi filosofía particular sobre todas estas cosas no es ninguna teoría científica, sino tan sólo la forma en que yo

imagino los olores y asumo su ausencia, la forma en que empecé a imaginarlos durante el invierno en que cumplí mis once años, y en que he continuado haciéndolo hasta el día de hoy.

Así, para mí, los olores sólo son algo que imagino y sueño y a veces añoro. Pero hubo un tiempo, al principio, cuando comprendí que no tenía olfato, en que deseé desesperadamente curar mi nariz. Un tiempo en el que busqué un remedio que me sanara, que me permitiera oler como los demás, ser como los demás, y en que, idiota de mí, creí haber encontrado ese remedio. Sucedió durante el verano de mis once años, en el que el mejor amigo de mi infancia se ofreció a ayudarme. Emprendimos juntos nuestro viaje en busca de la cura soñada, y a punto estuvimos no sólo de que yo me quedara sin nariz, sino de perder los dos la vida entera. Veinte años exactos han transcurrido desde entonces. No me gusta recordarlo, porque no puedo hacerlo sin que vuelva a dolerme. Sé que aquel verano sigue ahí, sosteniendo mi presente, pero su recuerdo no se ha convertido en algo familiar, no he permitido que lo hiciera. Prefiero no detener la mirada en aquel tiempo en el que descubrí demasiadas cosas y perdí tantas otras, y en el que todo cambió para siempre. Sin embargo, hoy me han pedido que lo recuerde y que lo cuente, y por primera vez he creído que debería hacerlo.

Hace una noche fría para ser primavera. Estoy sola en mi casa, mi pequeño ático frente a la playa. En mi terraza, rodeada de jardineras llenas de lavanda que no puedo oler, de nísperos, madroños y cerezos que crecen en enormes macetas, contemplo un mar que me trae una brisa vacía de perfumes. Es la misma playa donde mis juegos de infancia dejaron de serlo.

Hace un rato hemos cenado mis hermanas y yo en la casa de mi madre, en la que ya no vivimos ninguna de nosotras. Mamá ha preparado, como le encanta hacerlo, una copiosa comida para sus tres hijas, y para el marido y los tres pequeñuelos de Irene, que nos ayude a recuperarnos a todos de una mala semana, acumula-

da de cansancios y tristezas. Ha sido entonces, durante la cena, cuando Irene no ha podido evitar contarles a los demás, excitadísima, la gran noticia. Que casualmente, en medio de aquellos días de caos y tensiones en la radio, donde ambas trabajamos como periodistas, yo había vuelto a encontrar a mi amigo de la infancia, al amigo que aquel verano de nuestros once años compartió conmigo mi intento de salvar mi nariz. Nunca había vuelto a saber de él, y reencontrarlo de la forma más inesperada en aquellos días tan duros me había dejado muda. Irene ha tenido que contarlo por mí. Mamá ha abierto con ella la puerta de los recuerdos, y al instante los pequeños de Irene han comenzado a preguntar por los jirones de una historia que desconocían, y en la que creían vislumbrar aventuras fascinantes. Sus preguntas se acumulaban en mis oídos. ¿Cómo intentaste curar tu nariz?, repetirían alborotados, ¿cómo ibas a curarla? ¿Y por qué no funcionó? ¿Y por qué estuviste a punto de perderla? ¿Y por qué la abuela se asustó tanto? Irene me ruega que lo cuente, dice que nos hará bien a todos. Que quizá, precisamente, sea un remedio para los dolores y cansancios de esta semana. Yo no puedo hacerlo. Mi rostro callado se refleja en el cristal de una de las fotos que cuelgan en la pared. Soy yo de niña, con mi amigo, saltando en la playa, una foto tomada por Irene veinte años atrás. Dos críos locos en un día de vacaciones. Ella insiste. ¿Recuerdas el libro que te acompañó durante aquel verano?, me dice, *Las Mil y Una Noches*, en aquella edición tan bonita para niños, todavía debe de estar por aquí, en alguna parte, y se levanta para buscarlo, y revuelve media casa hasta que lo encuentra. Me lo muestra. Vuelvo a verlo después de veinte años. Pero no quiero cogerlo, ni abrirlo. Sus niños se pelean por él. El libro que fue mi guía de viaje aquel verano. Irene me ruega. Cuéntanos, por favor, cuenta lo que sucedió. Pero yo no puedo, no puedo. Escríbelo entonces, me dice. Escríbelo, para ti, para todos nosotros. Márchate a casa y escríbelo esta noche.

Y aquí estoy ahora. Frente al mar. Con papel en blanco. No, llegar hasta aquí no ha sido tan duro, es cierto. ¿Lo será continuar? ¿Cómo comenzó todo? Hubo un principio, por supuesto. Un primer día. El día en que se celebró mi rito de paso, mi auténtico rito iniciático, el comienzo de una gran tragicomedia. Sí, lo recuerdo. Fue una calurosa tarde a primeros de mayo de 1983. Entonces comenzó todo.